

El príncipe payaso de la revolución: Sobre Slavoj Žižek, un nuevo tipo de pensador izquierdista

Clown Prince of the Revolution: On Slavoj Žižek, a new kind
of leftist thinker

ROGER SCRUTON

[TRADUCCIÓN DE JORGE ROARO]

Recibido: 12–Octubre–2017 | Aceptado: 20–Diciembre–2017 | Publicado: 22–Diciembre–2017

© Studia Humanitatis – Universidad de Salamanca 2017

Este escrito se propone analizar las premisas básicas del discurso ideológico del filósofo esloveno Slavoj Žižek, con su peculiar combinación de marxismo, ironía, ideología revolucionaria, demagogia antisistema, y teoría psicoanalítica lacaniana, para revisar críticamente sus premisas y fundamentos, al tiempo que trata de encontrar una explicación para la popularidad de Žižek en las universidades occidentales hoy en día, y la facilidad con la que es aceptado actualmente por tantos académicos sin apenas un mínimo cuestionamiento crítico.

Marxismo · Revolución · Lacan · Gran Otro · Democracia · Populismo · Psicoanálisis.

This writing aims to analyze the basic premises of Slovenian philosopher Slavoj Žižek's ideological discourse, with its peculiar combination of Marxism, irony, revolutionary ideology, anti-system demagoguery, and Lacanian psychoanalytic theory, to critically look at its premises and foundations, while trying to find an explanation for the popularity of Žižek in western universities today, and the ease with which it is currently accepted by so many academics with hardly a minimum critical questioning.

Marxism · Revolution · Lacan · Big Other · Democracy · Populism · Psychoanalysis.

R. Scruton (✉)
University of Oxford, UK
email: rogerscruton@mac.com

El príncipe payaso de la revolución: Sobre Slavoj Žižek, un nuevo tipo de pensador izquierdista*

ROGER SCRUTON

DURANTE LOS AÑOS SESENTA Y SETENTA, el consenso en las instituciones académicas e intelectuales occidentales se inclinaba bastante hacia la izquierda. Escritores como Michel Foucault y Pierre Bourdieu alcanzaron la eminencia atacando a la civilización que ellos despreciaban como «burguesa». Los escritos de teoría crítica de Jürgen Habermas alcanzaron un lugar dominante en el *curriculum* en las ciencias sociales, a pesar de su tediosidad estupefaciente. La reescritura de la historia nacional como un cuento de «luchas de clase», emprendida por Eric Hobsbawm en Gran Bretaña y Howard Zinn en los Estados Unidos, se convirtió en una casi ortodoxia, no sólo en los departamentos universitarios de Historia, sino también en los institutos de bachillerato. Para nosotros, disidentes, fue un periodo desesperanzador, y difícilmente hubo una mañana en esos años en que yo no despertara, preguntándome a mí mismo si mi docencia en la Universidad de Londres era la elección correcta de carrera. Entonces llegó el colapso del comunismo en Europa del Este, y yo me permití a mí mismo sentir esperanzas.

Por un momento, pareció como si estuviera por llegar una disculpa de parte de aquellos que habían dedicado sus esfuerzos intelectuales y políticos a

* El reconocido filósofo inglés Roger Scruton publicó este ensayo sobre Slavoj Žižek en septiembre de 2016, en *City Journal*, siguiendo la forma de un ensayo literario, y no la de un artículo académico, con el claro objetivo de analizar críticamente la metodología discursiva de Žižek, un autor de moda hoy en día, muy popular en la academia contemporánea internacional. Precisamente por esa popularidad académica de la que goza el autor esloveno es que el escrito de Scruton resulta particularmente pertinente en estos tiempos, razón por la cual se ofrece ahora aquí en versión traducida al castellano. El presente ensayo analiza las premisas básicas del discurso de Žižek, con su peculiar combinación de marxismo, ironía, ideología revolucionaria, demagogia antisistema, y teoría psicoanalítica lacaniana, y trata de encontrar una explicación para la facilidad con la que es aceptado actualmente por tantos académicos sin apenas un mínimo cuestionamiento crítico [N. del. T.].

blanquear los crímenes de la Unión Soviética o a alabar a las «repúblicas del pueblo» de China y Vietnam. Pero el momento resultó efímero. En una década, el establishment de la izquierda volvió a ocupar el asiento del conductor, con Zinn y Noam Chomsky renovando sus denuncias intemperantes contra Estados Unidos, la izquierda europea reagrupada contra el «neoliberalismo» (el nuevo nombre de la economía libre) como si éste hubiera sido el problema todo el tiempo, Habermas y Ronald Dworkin recogiendo prestigiosos premios por sus apenas legibles defensas de los lugares comunes izquierdistas dominantes, y el veterano marxista Hobsbawm recompensado por una vida de lealtad inquebrantable a la Unión Soviética con su nombramiento como «Compañero de Honor [ing.: *Companion of Honour*]» de la Reina.

Cierto, el enemigo ya no era descrito como antes: la plantilla del marxismo no se ajustaba fácilmente a las nuevas condiciones, y parecía un poco tonto defender la causa de la clase obrera, cuando sus últimos miembros se estaban uniendo a las filas de los inempleables o los autoempleados. Pero una cosa se mantuvo sin cambios en la estela del colapso del comunismo: la convicción de que era inaceptable estar en la «derecha». Uno puede tener dudas sobre ciertas doctrinas o políticas de izquierda; uno puede pensar que este o aquel pensador o político de izquierda ha cometido «errores». Pero eso es a lo más a lo que la autocrítica podía llegar; por el contrario, el meramente considerar un pensamiento de derecha era colocarse uno mismo del lado del diablo.

Así, en apenas un par de años, la visión maniquea de la política moderna, como una lucha a muerte entre la buena Izquierda y la perversa Derecha, volvió a su posición dominante. Asegurándole al mundo que ellos nunca se habían dejado llevar por la propaganda comunista, los pensadores de izquierda renovaron sus ataques contra la civilización occidental y su economía «neoliberal» como la principal amenaza para la humanidad en un mundo globalizado. El término «de derecha» ha seguido siendo un término abusivo de descalificación hoy en día tanto como lo era antes de la caída del Muro de Berlín, y las actitudes izquierdistas se han adaptado ellas mismas a las nuevas condiciones con muy poca moderación de su celo opositorista.

Ha habido, sin embargo, un cambio importante. Un nuevo tipo de pensador de izquierda ha surgido, uno que viste su celo revolucionario en una capa de ironía, desechando a medias su propio idealismo poco práctico como si hablara a través de la pintura de la cara de un payaso. Si uno se propone estudiar en un Departamento de Humanidades en una universidad estadounidense, no pasará mucho tiempo antes de encontrar el nombre de Slavoj Žižek, el filósofo que

creció en el régimen comparativamente suave de la Yugoslavia comunista, calificado como un «disidente» durante los años finales de decadencia del comunismo en su nativa Eslovenia, pero que ahora llama la atención como un crítico radical de Occidente, aunque sea uno cuya lengua siempre está en el borde de la broma.

Es una prueba de la indulgencia del régimen yugoslavo que Žižek pudo pasar un tiempo en París a principios de los años ochenta. Allí se encontró con el psicoanalista Jacques–Alain Miller, a cuyo seminario asistió y que también se convirtió en el psicoanalista de Žižek. Miller es el yerno de Jacques Lacan, el inescrupuloso maníaco del poder a quien Raymond Tallis ha descrito como «el psiquiatra del infierno», y es un desafortunado precio por pagar el que, para hacer el esfuerzo por entender a Žižek, uno tenga que meterse con Lacan, también.

La colección de *Écrits* de Lacan, publicada en 1966, fue una de las fuentes a las que recurrieron los estudiantes revolucionarios en mayo de 1968. Le siguieron 34 volúmenes de sus seminarios, publicados por sus discípulos y posteriormente traducidos al inglés, o al menos a un lenguaje que se asemeja al inglés tan cercanamente como el original se asemeja al francés. La influencia de estos seminarios es uno de los profundos misterios de la vida intelectual moderna. Su confusa y distorsionada regurgitación de teorías que Lacan ni exploró ni comprendió es, por puro descaro intelectual, algo sin paralelo en la literatura reciente. Tecnicismos inexplicados, extraídos de la teoría de conjuntos, de la física de partículas, de la lingüística, de la topología, y de cualquier otra cosa que parezca conferir poder al mago que conjura con ellos, son utilizados para demostrar teoremas tan espectaculares como que el pene eréctil en condiciones burguesas es igual a la raíz cuadrada de menos uno o que usted no (hasta que sea trabajado por Lacan) «ex–siste».

Otro concepto lacaniano —el del gran Otro— es crucial para entender a Žižek. Tras las famosas conferencias sobre Hegel impartidas por Alexandre Kojève, pronunciadas en el Institut des Hautes Études antes de la Segunda Guerra Mundial y con la presencia de todo aquel que era alguien en el mundo literario parisino (incluido Lacan), la idea del Otro se convirtió en un accesorio obligatorio en la escritura filosófica francesa. El gran y sutil argumento de la *Fenomenología del Espíritu* de Hegel, en el sentido de que alcanzamos la autoconciencia y la libertad a través del reconocimiento del Otro, ha sido reciclado una y otra vez por todos aquellos que asistieron a las conferencias de

Kojève. Uno lo encuentra en Jean–Paul Sartre, Emmanuel Levinas, y Georges Bataille. Y uno lo encuentra, horriblemente confuso y distorsionado, en Lacan.

Para Lacan, el gran Otro (*A* mayúscula por *Autre*) es el desafío presentado al yo por el no–yo. Este gran Otro atormenta al mundo percibido con el pensamiento de un poder dominante y controlador —un poder del que nosotros tanto buscamos como huimos. También está el pequeño otro (*a* en minúscula por *autre*), que no es realmente distinto del yo pero que es lo que se ve en el espejo durante esa etapa de desarrollo que Lacan llama la «etapa de espejo», cuando el bebé supuestamente se ve a él mismo en el vaso y dice «¡Ajá!» Ese es el punto de reconocimiento, cuando el infante se encuentra por primera vez con el «objeto = a», que, de alguna manera que yo encuentro imposible de descifrar, indica tanto el deseo como su ausencia.

La etapa de espejo proporciona al infante una idea ilusoria (y breve) del yo, como un otro todopoderoso en el mundo de los otros. Pero este yo pronto es aplastado por el gran Otro, un personaje basado en el escenario del pecho bueno/pecho malo, policía bueno/policía malo inventado por la psicoanalista Melanie Klein. En el curso de exponer el trágico desenlace de este encuentro, Lacan se presenta con un asombroso *aperçus*, a menudo repetido sin explicación alguna por sus discípulos, como si hubieran cambiado el curso de la historia intelectual. Uno en particular es repetido constantemente: «no hay relación sexual», una observación interesante de un seductor serial, de quien ninguna mujer, ni siquiera sus propias pacientes analizadas, estaba a salvo.

Además, a Lacan se le atribuye la opinión de que el sujeto no existe más allá de la etapa del espejo hasta que se realiza mediante un acto de «subjetivación». Uno se convierte en un sujeto consciente de sí mismo al tomar posesión de su mundo e incorporar su otredad en su yo. De esta manera, uno comienza a «existir» —a existir externamente, en una comunidad de otros.

Las rumiaciones de Lacan sobre el Otro aparecen constantemente en los escritos de Žižek, lo cual ofrece una prueba de una característica en la que el sistema comunista tenía la ventaja sobre sus rivales occidentales: son el producto de una mente seriamente educada. Žižek escribe perceptivamente sobre arte, literatura, cine y música, y cuando está considerando los eventos del día —ya sean las elecciones presidenciales estadounidenses o el extremismo islamista en el Medio Oriente— siempre tiene algo interesante y desafiante que decir. Él ha aprendido el marxismo no como una búsqueda extravagante en ratos de ocio en clases académicas, sino como un intento de descubrir la verdad

sobre nuestro mundo. Ha estudiado a Hegel en profundidad, y en lo que seguramente son sus dos piezas de escritura más sostenidas —*El sublime objeto de la ideología* (1989)¹ y la Parte I de *El sujeto espinoso* (1999)²— muestra cómo aplicar este estudio a los tiempos confusos en que vivimos. Ha respondido tanto a la poesía de Hegel como a la metafísica, y ha conservado el anhelo hegeliano de una perspectiva total, en la que el ser y la nada, la afirmación y la negación, se ponen en relación y se reconcilian.

Si se hubiera quedado en Eslovenia, y si Eslovenia se hubiera mantenido comunista, Žižek no habría sido la molestia en la que se ha convertido. De hecho, la liberación de Žižek en el mundo de la erudición académica occidental podría casi ser suficiente para que uno lamente el colapso del comunismo en Europa del Este. Aprovechando la visión psicoanalítica de Lacan como la base trascendental de su nueva filosofía socialista, Žižek eleva el nivel de emoción más allá de cualquier cosa lograda por los tristes socialistas que son el producto normal de la academia occidental. Y su estilo eficiente e integrador ofrece constantes indicios de argumentación persuasiva. A veces se le puede leer con facilidad por muchas páginas, con la sensación de que él está compartiendo asuntos que podrían formar un entendimiento entre él y su lector. Al mismo tiempo, pasa rápidamente sobre declaraciones escandalosas que parecen, al principio, ser resbalones de la pluma, pero que el lector descubre, con el tiempo, como el verdadero contenido de su mensaje.

Como una indicación del estilo de Žižek, aquí presento algunos de los temas tratados en tres páginas consecutivas, elegidas más o menos al azar, de su entretenido libro de 2008 *En defensa de las causas perdidas*³: el sudario de Turín; el Corán y la visión científica del mundo; el tao de la física; el humanismo secular; la teoría de la paternidad de Lacan; la verdad en la política; el capitalismo y la ciencia; Hegel sobre el arte y la religión; la postmodernidad y el fin de las grandes narrativas; el psicoanálisis y la modernidad; solipsismo y ciberespacio; la masturbación; Hegel y el espíritu objetivo; el pragmatismo de Richard Rorty; y ¿hay o no hay un gran Otro?

¹ Edición en castellano: *El sublime objeto de la ideología*. Traducción de I. Vericat Núñez. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2003 [N. del. T.].

² Edición en castellano: *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*. Traducción de J. Piatigorsky. Barcelona: Paidós, 2001 [N. del. T.].

³ Edición en castellano: *En defensa de causas perdidas*. Traducción de F. López Martín. Madrid: Akal, 2011 [N. del. T.].

El traqueteo de ametralladora de tópicos y conceptos facilita a Žižek deslizar sus pequeños dardos de veneno, que el lector, asintiendo a su vez al ritmo de la prosa, podría fácilmente tragarse inadvertidamente. Por lo tanto, nosotros no debemos «rechazar el terror *in toto*, sino reinventarlo»; debemos reconocer que el problema con Hitler, y también con Stalin, es que «no fueron lo suficientemente violentos»; debemos aceptar la «perspectiva cósmica» de Mao y leer la Revolución Cultural como un evento positivo. En lugar de criticar al estalinismo como inmoral, deberíamos elogiarlo por su humanidad, ya que rescató al experimento soviético de la «biopolítica»; además, el estalinismo no es inmoral sino demasiado *moral*, ya que se basó en la figura del gran Otro, que, como todos los lacanianos saben, es el error primordial del moralista. También debemos reconocer que la «dictadura del proletariado» es «la única opción verdadera hoy».

La defensa de Žižek del terror y la violencia, su llamamiento a un nuevo partido organizado según los principios leninistas, su celebración de la Revolución Cultural de Mao, a pesar de las innumerables muertes, que, de hecho, son elogiadas como parte del significado de una política de acción —todo esto podría haber servido para desacreditar a Žižek entre los lectores de izquierda más moderados, si no fuera por el hecho de que nunca es posible estar seguro de que está hablando en serio. Tal vez se esté riendo —no solamente de sí mismo y de sus lectores, sino también de un *establishment* académico que puede incluir con seriedad a Žižek junto con Kant y Hegel en el plan de estudios de filosofía, con un *Journal of Žižek Studies* ahora en su cuarto año de publicación.⁴ Tal vez nos está animando a todos a tomarnos unas vacaciones del pensar, burlándose de los idiotas que imaginan que hay algo más que hacer con el pensar que escapar de él:

Aquí, sin embargo, uno debe evitar la trampa fatal de concebir al sujeto como el acto, el gesto, que interviene después para llenar el vacío ontológico, e insistir en el irreductible círculo vicioso de la subjetividad: «la herida se cura sólo con la lanza que la hirió», es decir, el sujeto «es» la misma brecha rellenada por el gesto de subjetivación (que, en Laclau, establece una nueva hegemonía; que, en Rancière, da voz a la «parte no parte»; que, en Badiou, asume fidelidad a la Verdad-Evento; etc.). En resumen, la respuesta lacaniana a la pregunta formulada (y contestada de manera negativa) por filósofos tan diferentes como Althusser, Derrida y Badiou: —«¿Puede la brecha, la apertura, el Vacío que precede al gesto de subjetivación, seguir siendo llamado “sujeto”?» —es un enfático

⁴ Revista fundada en el año 2007, se puede consultar en <http://www.zizekstudies.org/> [N. del. T.].

«¡Sí!» —el sujeto es ambos al mismo tiempo, la brecha ontológica (la «noche del mundo», la locura de la auto-retirada radical), así como el gesto de subjetivización que, mediante un cortocircuito entre lo Universal y lo Particular, sana la herida de esta brecha (en lacanés: el gesto del Maestro que establece una «nueva armonía»). *«Subjetividad» es un nombre para esta circularidad irreducible, para un poder que no combate una fuerza de resistencia externa (por ejemplo, la inercia del orden sustancial dado), sino un obstáculo que es absolutamente inherente, que en última instancia «es» el sujeto mismo. En otras palabras, el mismo empeño del sujeto para llenar la brecha retroactivamente sostiene y genera esta brecha.*

Obsérvese la repentina intrusión en la logorrea de una larga oración en cursiva, no más clara que ninguna otra, como si Žižek hubiera hecho una pausa para llegar a una conclusión antes de pasar exultantemente a la siguiente concepción semiformada.

El pasaje es parte de una contribución a la teoría lacaniana de la «subjetivización». Pero su principal importancia es hacer notar al lector que, sea lo que sea que pueda ser dicho por otros proveedores de tonterías de moda, Žižek lo ha dicho también, y que todas las verdades, todas las perspicacias, todos los fragmentos útiles de tonterías izquierdistas, son afluentes que fluyen hacia el torrente incontenible de su negatividad que lo abarca todo. La prosa es una invitación: usted, el lector, debe sumergirse por completo para limpiarse de la mancha de los argumentos razonados y disfrutar, por fin, de las refrescantes aguas de la mente, que fluyen de un tópico a otro y de un lugar a otro, sin impedimentos de realidades, siempre fluyendo hacia la izquierda.

Žižek publica a razón de dos o tres libros al año. Escribe a una distancia irónica de sí mismo, consciente de que la aceptación no se puede obtener de otra manera. Pero también le preocupa socavar la plausibilidad superficial de la sociedad consumista que ha reemplazado al viejo orden de la Yugoslavia comunista y descubrir la profunda causa *espiritual* de sus dolencias. Cuando no está escribiendo de manera alusiva, saltando como un saltamontes de un tópico a otro, está tratando de desenmascarar lo que él ve como los autoengaños del orden capitalista global. Al igual que su otro maestro, el filósofo francés de extrema izquierda Alain Badiou, él no ofrece una alternativa clara. Pero en ausencia de una alternativa clara, una alternativa poco clara —incluso una puramente imaginaria— servirá, independientemente de las consecuencias. Tal como él lo dice, usando el lenguaje de Badiou: «Mejor es un desastre de fidelidad al Evento que un no-ser de indiferencia hacia el Evento». (El Evento es la siempre anhelada, y siempre pospuesta, Revolución).

Resumir la posición de Žižek no es fácil: se desliza entre las formas filosóficas y psicoanalíticas de argumentar y está hechizado por las expresiones gnómicas de Lacan. Es un amante de las paradojas y cree firmemente en lo que Hegel llamó «el trabajo de lo negativo», aunque sigue a Lacan al llevar la negación a su punto extremo —no sólo como una forma de establecer límites a un concepto, sino como una forma de *descartarlo*. Nos volvemos conscientes de nosotros mismos por un acto de negación total: aprendiendo que no hay sujeto. En lugar del sujeto, está el acto de subjetivación, que es una defensa contra el sujeto —una forma en la que me impido a mí mismo convertirme en una sustancia, una identidad, un centro del ser. El sujeto no existe antes de la subjetivación. Pero a través de la subjetivación, me leo a mí mismo de nuevo en la condición que precedió a mi autoconciencia. Soy aquello en lo que me he convertido y me he convertido en lo que soy llenando el vacío de mi pasado.

Para Žižek, como para Lacan, está el «otro pequeño», que aparece como el objeto de la fantasía, y también del deseo; y el gran Otro, la *imago* de la madre, que domina al niño en crecimiento, el orden que trae la autoridad, la «totalidad consistente y cerrada» a la que aspiramos pero que siempre nos elude, ya que «no hay gran Otro». Así como con el sujeto, así también con el objeto —no existe, y la no existencia es su forma de existir. Este es el aspecto de Lacan que Žižek encuentra más emocionante —la varita mágica que conjura visiones y las agita rápidamente a la nada.

Žižek usa esta visión mística para tomar atajos a muchas de sus sorprendentes conclusiones. Es porque el estalinismo se basa en la figura del gran Otro que es demasiado moral —una bonita excusa que nadie está en condiciones de refutar. La democracia no es ninguna solución porque, aunque implica un «gran Otro excluido», como aparentemente ha demostrado Jacques-Alain Miller, existe otro gran Otro —el «Otro grande procesal» de las reglas electorales, que tienen que ser obedecidas, sea cual sea el resultado.

Pero quizás el verdadero peligro sea el populismo, en el cual el gran Otro regresa bajo la apariencia del Pueblo. ¿O acaso está bien invocar al Pueblo, si uno lo hace con el espíritu de Robespierre, cuya invocación de Virtud «redime el contenido virtual del terror de su actualización»? No hay forma de saberlo, pero ¿a quién le importa? Ciertamente no a Žižek, quien se refugia detrás de las faldas del gran Otro cada vez que los otros pequeños vienen con sus preguntas irritantes. De esta manera, puede defenderse de los antitotalitarios, cuyos pensamientos son «un ejercicio sofista que no vale nada, una pseudo-teorización de los más bajos miedos e instintos de sobrevivencia oportunista» —

un lenguaje que tiene toda la autenticidad de aquellas denuncias en *Neohabla* que componían los editoriales de *Pravda*, *Rudé Právo* y el esloveno *Delo* en los días de la juventud de Žižek.

De Lacan, Žižek también toma la idea de que los procesos mentales se dividen en tres categorías distintas: fantasía, símbolo y el alcance de lo Real. El deseo viene a través de la fantasía, que propone tanto el objeto = a (el objeto *petit a*) como la primera subjetivación: la etapa de espejo, en la que el deseo (y su falta) ingresa en la psique infantil. La noción de fantasía está conectada con ese término clave del análisis lacaniano —un término que incidentalmente entró y dominó la teoría literaria francesa bajo la influencia de Roland Barthes— es decir, *jouissance*, goce, el sustituto de Lacan del «principio de placer» freudiano. Las fantasías entran en nuestras vidas y persisten porque traen placer, y ellas son reveladas en *síntomas*, esos aparentemente irracionales fragmentos de comportamiento a través de los cuales la psique protege su alcanzado terreno de disfrute de las amenazantes realidades del mundo más allá —del mundo inabarcable de lo Real.

Este pensamiento da lugar a una espectacular enmienda de la idea de Freud del superego, expresada en términos que unen a Kant con el marqués de Sade:

Es un lugar común de la teoría lacaniana enfatizar cómo [el] imperativo moral kantiano oculta una obscena suposición de superego: «¡Disfruta!» —la voz del Otro que nos impulsa a seguir nuestro deber por el deber mismo es una traumática irrupción de una apelación a un *jouissance* imposible, interrumpiendo la homeostasis del principio del placer y su prolongación, el principio de la realidad. Por esto es que Lacan concibe a Sade como la verdad de Kant.

Habiendo llevado la máquina del sinsentido hasta aquí, al grado de identificar a Kant con Sade, y así descartar como una especie de obscenidad a la moralidad de la Ilustración con la cual la sociedad occidental ha tratado durante dos siglos de anclarse a sí misma, Žižek es capaz de ofrecer una nueva teoría de ideología, una que renueve la crítica marxista del capitalismo.

La ideología, en el análisis marxista clásico, es entendida en términos funcionales, como el sistema de ilusiones a través del cual el poder adquiere legitimidad. El marxismo ofrece un diagnóstico científico de la ideología, reduciéndola a un síntoma, mostrando cómo son las cosas *realmente* detrás de los fetiches. Al hacer esto, «abre nuestros ojos» a la verdad: vemos explotación e

injusticia donde previamente habíamos visto contrato y libre intercambio. La pantalla ilusoria de las mercancías, en la que las relaciones entre las personas aparecen como el movimiento de las cosas en forma de ley, se desmorona ante nosotros y revela la realidad humana: cruda, sin adornos y cambiante. En resumen, al rasgar el velo de la ideología, preparamos el camino para la revolución.

Pero en ese caso, Žižek pregunta razonablemente, ¿por qué no ha llegado la revolución? ¿Por qué es que el capitalismo, logrando esta conciencia de sí mismo, continúa afirmando su dominio siempre creciente, succionando cada vez más y más de la vida humana en la vorágine del consumo de mercancías? La respuesta de Žižek es que la ideología se renueva a través de la fantasía. Nos aferramos al mundo de los bienes de consumo como la escena de nuestro *jouissance* más profundo, y rehuimos la realidad más allá, lo Real que rechaza ser conocido. Nosotros llegamos a entender a la ideología no como algo que sirve a la economía capitalista sino como algo que se sirve a sí misma —es agradable por sí misma, en el modo en que lo son el arte y la música.

La ideología se convierte en un juguete en nuestras manos —nosotros la aceptamos y a la vez nos reímos de ella, sabiendo que todo tiene su precio en nuestro mundo de ilusiones, pero que nada de valor aparecerá allí. Así, al menos, es como yo leo comentarios como este, que es lo más claro que llega a decir Žižek sobre el tema:

¿Por qué esta inversión de la relación del objetivo y los medios debe permanecer oculta, por qué es su revelación contraproducente? Porque revelaría el goce que está actuando en la ideología, en la renuncia ideológica misma. En otras palabras, revelaría que la ideología sirve sólo para su propio propósito, que no sirve para nada —que es precisamente la definición lacaniana de *jouissance*.

Es en este punto, sin embargo, que la claridad es imperativa. ¿Nos está diciendo Žižek que el mundo de los bienes de consumo y los mercados está con nosotros para quedarse y que debemos aprender a sacar lo mejor de él? ¿Qué significa que él haya llegado a su posición al desplegar estas extrañas categorías lacanianas que aparecen a lo largo de su prosa en lugar de fundamentos pero que son ellas mismas totalmente carentes de fundamento? ¿Hay un argumento real aquí, uno que pueda ser convincente para una persona que no haya tenido el beneficio de un lavado de cerebro por Jacques-Alain Miller? Casi siempre, en la coyuntura crítica, cuando se necesita un argumento claro, Žižek se refugia

detrás de una pregunta retórica, en la cual él encierra todos los misteriosos encantamientos de la liturgia lacaniana:

¿No es la topología paradójica del movimiento del capital, el bloqueo fundamental que se resuelve y reproduce a través de la actividad frenética, el poder *excesivo* como la forma misma de apariencia de una fundamental *impotencia* —este pasaje inmediato, esta coincidencia de límite y exceso, de falta y excedente— precisamente el del *objet petit a* lacaniano, de las sobras que encarnan la carencia constitutiva, fundamental?

La presión sintáctica ejercida por tales preguntas retóricas es dirigida hacia la respuesta: «Por supuesto, yo ya debería haber sabido eso». El objetivo es *evadir la verdadera pregunta*, que es aquella sobre el significado y fundamento de los términos. Daré otro y espectacular ejemplo, puesto que es directamente relevante al tema:

¿No es el dominio último del psicoanálisis la conexión entre la Ley simbólica y el deseo? ¿No es la multitud de satisfacciones perversas la forma misma en que se realiza la conexión entre la Ley y el deseo? ¿No es la división lacaniana del sujeto la división que concierne precisamente a la relación del sujeto con la Ley simbólica? Y todavía más, ¿no es la confirmación definitiva de este «Kant avec Sade» de Lacan, que postula directamente el universo sadeiano de la perversión mórbida como la «verdad» de la afirmación más radical del peso moral de la Ley simbólica en la historia humana (la ética kantiana)?

Si respondió no a alguna de estas preguntas, la respuesta sería «¿No? ¿Qué diablos quiere decir con que no?». Pues la pregunta *real* es: «¿Qué quiere decir usted exactamente?»

Pero esto me lleva al corazón del izquierdismo de Žižek. Lo Real, tocado por la varita mágica de Lacan, se desvanece. Es la ausencia primaria, la «verdad» que es también castración. La varita mágica aleja la realidad y por lo tanto le da nueva vida al sueño. Es en el mundo de los sueños, por lo tanto, que la moralidad y la política ahora deben ser implantadas. Lo que importa no es el mundo desacreditado de los eventos meramente empíricos, sino las idas y venidas en el mundo de los sueños, el mundo de los intelectuales exaltados, para quienes las ideas y los entusiasmos cancelan las meras realidades.

Así, en un ensayo singularmente repulsivo sobre el «Terror revolucionario», Žižek elogia el «terror humanista» de Robespierre y Saint-Just (en oposición al «antihumanista, o más bien inhumano», terror de los nazis) no porque fuera

particularmente amable con sus víctimas, sino porque expresó las «explosiones utópicas de la imaginación política» de sus perpetradores. No importa que el terror haya llevado al encarcelamiento de cientos de miles de personas inocentes y a la muerte de otros tantos más. Las estadísticas son irrelevantes, desaparecidas con un movimiento de la varita mágica de Lacan, reducidas a la raíz cuadrada de menos uno, un número puramente imaginario. Lo que es relevante es la forma en la cual, a través de discursos que Žižek hubiera podido reconocer como simple ampulosidad autocomplaciente si sus facultades críticas no le abandonasen en presencia de un héroe revolucionario, Robespierre «redimió el contenido virtual de terror de su actualización».

De esta manera, para Žižek, el pensamiento cancela la realidad, cuando el pensamiento está «a la izquierda». Importa menos lo que uno hace que lo que uno cree que está haciendo, siempre que lo que uno cree que está haciendo tenga el objetivo final de la emancipación —de la *égaliberté*, como lo expresa el teórico marxista Étienne Balibar. El objetivo no es la equidad o la libertad concebidas en el sentido calificado en que usted o yo entenderíamos esos términos. Es la igualdad absoluta (con una pizca agregada de libertad, si uno tiene suerte), la cual puede, por su naturaleza, ser alcanzada sólo mediante un acto de destrucción total. Pero perseguir este objetivo también podría ser reconocer su imposibilidad —¿no es eso lo que todos estos proyectos «totales» representan? No importa. Es precisamente la imposibilidad de la utopía lo que nos sujeta a ella: nada puede mancillar la absoluta pureza de lo que nunca será probado.

No debemos sorprendernos, por lo tanto, cuando Žižek escribe que «la delgada diferencia entre el gulag estalinista y el campo de aniquilación nazi era también, en ese momento, la diferencia entre civilización y barbarie». Su único interés está en el estado mental de los perpetradores: ¿Fueron ellos movidos, aunque de manera tan oblicua como fuere, por entusiasmo utópico, o fueron movidos, por el contrario, por algún apego desacreditado? Si uno se aparta un momento de las palabras de Žižek, y se pregunta a sí mismo dónde se traza la línea entre la civilización y la barbarie, en el momento en que los modelos rivales de campos de exterminio estaban compitiendo por sus cifras de cadáveres, uno seguramente pondría a la Rusia comunista y a la Alemania nazi en un extremo de la línea, y a algunos otros lugares —Gran Bretaña y Estados Unidos, por ejemplo— en el otro. Para Žižek, eso sería un escándalo, una traición, una negativa patética de ver lo que realmente está en juego. Porque lo que importa es lo que la gente *dice*, no lo que hacen, y lo que dicen es redimido por sus teorías, por muy estúpida o descuidada que sea su puesta en práctica, y

con cualquier desdén presente hacia las personas reales. Rescatamos lo virtual de lo real a través de nuestras palabras, y los hechos no tienen nada que ver con ello.

Al leer a Žižek, recuerdo una visita que hice una vez al cementerio de Devichye Pole en Moscú, en los días de Gorbachov. Mi guía, un intelectual disidente no muy diferente de Žižek en apariencia y manera, me llevó a la tumba de Khrushchev, en la que se levantaba un monumento diseñado por Ernst Neizvestny. El escultor había sido señalado y denunciado en un modo particular por Khrushchev, cuando, después de una visita a una exposición de arte modernista, el líder soviético decidió atacar a toda la comunidad artística. Mi guía consideraba este berrinche particular de Khrushchev mucho más seriamente que su destrucción de 25,000 iglesias y no encontró nada malo con su entierro aquí, en lo que una vez fue tierra consagrada.

El monumento muestra la cabeza de Khrushchev, montada en dos troncos de piedra que se cruzan, uno negro, otro blanco, que simbolizan las contradicciones en el carácter del líder. Después de todo, insistió mi guía, fue él quien denunció a Stalin y se mostró así como amigo de los intelectuales, tal como fue él quien denunció el modernismo artístico, y así se declaró enemigo de los intelectuales. Me pareció entonces dolorosamente claro el hecho de que el pueblo ruso no haya contado para nada en la historia intelectual del comunismo ruso, ni en la mente de sus campeones ni en la de sus críticos, para quienes todo el período moderno ha sido una especie de diálogo —conducido a voz en cuello y con todas las armas disponibles— entre el Partido y la *intelligentsia*. Millones de siervos han ido en silencio a la tumba simplemente para ilustrar alguna conclusión intelectual y para brindar a los argumentos de poder la prueba decisiva del sufrimiento indefenso de otros.

Este descuento de la realidad nos recuerda este hecho crucial: que la meta de una emancipación suprema, que también será el reino de la igualdad total, es una cuestión de fe, no de predicción. Expresa una necesidad religiosa que no puede ser descartada y que sobrevivirá a toda la evidencia aducida hacia su refutación. Por un tiempo, en la estela de 1989, parecía que la agenda comunista había sido derrotada y que la evidencia apuntaba al rechazo de las ideas que habían esclavizado a los pueblos de Europa del Este desde la guerra. Pero la máquina del sinsentido fue conducida para obliterar los brotes del argumento racional, para cubrir todo en una niebla de incertidumbre, y para revivir la idea de que la verdadera revolución aún está por venir y que será una

revolución del pensamiento, una liberación interior, contra la cual el argumento racional (mera «ideología burguesa») no tiene defensa. El reinado del sinsentido enterró la cuestión de la revolución tan profundamente debajo de la posibilidad de una indagación racional que ya no puede más ser expresada directamente.

Al mismo tiempo, los alquimistas nunca dejaron de proponer la revolución como la meta, aquello que sería conjurado desde la obscuridad que creaban sus hechizos. ¿Qué *estaban* esperando exactamente? Regresemos otra vez al mundo del análisis racional, para notar que hay al menos dos tipos de revolución y que es importante, cuando hacemos un ídolo de esta palabra, preguntarnos cuál de los dos queremos decir con eso. Existe el tipo ejemplificado por la Revolución Gloriosa inglesa de 1688 y la Revolución Estadounidense de 1783, en la cual personas esencialmente obedientes de la ley intentan definir y proteger sus derechos contra la usurpación. Y luego está la clase ejemplificada por la Revolución Francesa de 1789 y la Revolución Rusa de 1917, en la cual una élite arrebató el poder de otra y luego se establece y consolida mediante un reinado de terror.

La diferencia entre estos dos tipos de revolución es enorme y de gran importancia para nosotros, considerando el curso de la historia moderna. Pero Žižek y otros izquierdistas postmodernos desechan la distinción con desprecio. Para ellos, las Revoluciones Inglesa y Estadounidense no resplandecieron en la imaginación de intelectuales exultantes, sino que simplemente se esforzaron por ser a través de las necesidades de personas reales. En lugar de examinar lo que lograron tales revoluciones, ya sea que no hubiese sido suficiente o, en cualquier caso, si fue lo mejor que se podía esperar, pensadores como Žižek prefieren enterrarse en disputas escolásticas con otros camaradas izquierdistas, desplazando bloques de formidable Neohabla en torno al santuario donde el ídolo ha sido escondido.

Quienes imaginaron, en 1989, que nunca más un intelectual sería pillado defendiendo al Partido Leninista, o abogando por los métodos de Stalin, pasaron por alto el poder abrumador del sinsentido. En la urgente necesidad de creer, de encontrar un misterio central que sea el verdadero significado de las cosas y al que se pueda dedicar la vida de uno, el sinsentido es mucho más preferible que el sentido. Porque construye una forma de vida alrededor de algo que *no puede ser cuestionado*. Ningún asalto razonado es posible contra aquello que niega la posibilidad de un asalto razonado. Y así es como la utopía

entró de nuevo en el lugar desocupado por la teología, para erigir su propio *mysterium tremendum et fascinans* en el centro de la vida intelectual. Una nueva generación redescubrió la auténtica voz del proletariado, la cual habla el lenguaje de la máquina del sinsentido. Y a pesar de todas las decepciones, se les aseguró que «la dictadura del proletariado» sigue siendo una opción —de hecho, la única opción. La prueba de esto está ahí, en la prosa de Žižek; usted tiene su palabra de ello.

En Žižek, encontramos asombrosa evidencia del hecho de que la «hipótesis comunista», como la llama Badiou, nunca desaparecerá. A pesar del intento de Marx de presentarla como la conclusión de una ciencia, la «hipótesis» no puede ser puesta a prueba y refutada. Porque no es una predicción o, en ningún sentido real, una hipótesis. Es una declaración de fe en lo incognoscible. Žižek agrega sin dudar su peso a cada causa que es dirigida, en cualquier forma, contra el orden establecido de las democracias occidentales. Incluso se pone a sí mismo en contra de la democracia parlamentaria y no tiene reparos en abogar por el terror (adecuadamente estetizado) como parte de su glamoroso desapego. Pero sus pocas invocaciones vacías de la alternativa igualitarista no avanzan más lejos que los clichés de la Revolución Francesa y muy pronto son envueltos en hechizos lacanianos como un modo de blindarlos contra la discusión argumentada. Cuando se trata de política real, él escribe como si la negación fuese suficiente. Ya se trate de la intifada palestina, el ERI, los chavistas venezolanos, los *sans-papiers* franceses o el movimiento Occupy —cualquiera que sea la causa radical, lo que importa es el ataque al «Sistema».

Como en 1789, como en 1917, como en la Larga Marcha de Mao, el Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural, la obra de destrucción se alimenta de sí misma. La charlatanería de Žižek sirve para un propósito: desviar la atención del mundo real, de la gente real, y del razonamiento moral y político ordinario. Existe para promover una causa única y absoluta, la causa que no admite ninguna crítica ni compromiso y que ofrece la redención a todos los que la defiendan. ¿Y cuál es esa causa? La respuesta está en cada página de los escritos de Žižek: Nada.*

* El presente trabajo fue originalmente publicado en *City Journal*, edición de otoño de 2016 (<https://www.city-journal.org/html/clown-prince-revolution-14632.html>). Se traduce aquí con autorización del autor.



ROGER SCRUTON es Profesor Visitante en la Facultad de Filosofía de la University of Oxford y en la Escuela de Estudios Filosóficos, Antropológicos y Cinematográficos de la University of St. Andrews. Doctor en Filosofía [PhD] por la University of Cambridge. Sus principales áreas de interés son la estética, la filosofía de la música y la filosofía política. Ha publicado obras como: *Beauty: A Very Short Introduction* (Oxford University Press, 2011); *The Face of God* (Continuum, 2012); *The Soul of the World* (Princeton University Press, 2014); *Music as an Art* (Bloomsbury Continuum, 2018).

DIRECCIÓN POSTAL: Drury House, 34-43 Russell Street, London WC2B 5HA, UK. Email: rogerscruton@mac.com.
e-mail (✉): rogerscruton@mac.com

JORGE ROARO, es Investigador en la Universidad de Salamanca, España. Doctor en Filosofía [≈ PhD] por la Universidad de Salamanca, con una tesis sobre la concepción filosófica de la guerra justa en el pensamiento de Juan Ginés de Sepúlveda. Sus principales áreas de interés son el Humanismo renacentista español, la crítica humanista de la cultura, la filosofía e historia del arte, la filosofía del lenguaje, la relación entre literatura y filosofía, la reflexión sobre el problema filosófico de la guerra, y los dinosaurios. Es co-editor de la revista filosófica *Disputatio*.

DIRECCIÓN POSTAL: Departamento de Filosofía, Lógica y Estética, Universidad de Salamanca, Campus M. Unamuno FES, 37007 Salamanca. e-mail (✉): jorgeroaro@usal.es

CÓMO CITAR ESTE TRABAJO: SCRUTON, RUGER. «El príncipe payaso de la revolución. Sobre Slavoj Žižek, un nuevo tipo de pensador izquierdista». *Disputatio. Philosophical Research Bulletin* 6, no. 7 (2017): pp. 593–609.